

La nieve de otra edad

Joë Bousquet

Si, como yo, todos los hombres vivieran inmóviles, tendrían un nombre cargado de dudas para designar los hechos que giran en torno a sí mismos e interpretarlos; y teniéndolos por gratuitos o simbólicos, recobrarían a sabiendas su memoria y la emplearían al servicio de las aventuras del espíritu. Aquí estoy, abatido por el error cotidiano de juzgar mi suerte con los ojos de aquellos que me visitan. No existen aventuras para el espíritu.

Todo lo que acontece en la conciencia deja un trazo susceptible de ser seguido como un sendero.

Fiel a las vicisitudes que me impone mi salud, maniatado por mis curas y el reposo que he de seguir en horarios siempre iguales y, según mi cansancio más o menos el dueño de mi mirada, habito esta estancia con el pensamiento sin llegar a inspeccionarla por completo más que cuando atravieso una especie de sueño cristalizado. Así persisto como prisionero de una torre redonda como un reloj, edificada sobre escaleras de metal invisible...

Cuando, en pleno día y con el corazón palpitante, dejo caer mis ojos tras de mí, me reconozco como en aquel tiempo en que me encontraba sano y libre. Tras haberme seguido el corazón, bajo sin miedo las escaleras, y ese cuerpo que dejo a mis espaldas ni siquiera me sobrevive en el pensamiento. La vidriera del patio se abre frente a mí, y refugiado por el ruido vecino de la calle, incluso hastiado de lo que voy a ver en ella, busco exactamente la actividad, al margen de la de los otros. No la echo de menos, aunque me falte el asentimiento de sus ojos para ser uno de ellos; a mi semejanza con los hombres no le hace falta más que el testimonio de los que han dejado de parecerseme.

Así, me dirijo irreversiblemente hacia un estado ambulatorio, al dividir mi itinerario vital entre el pueblo marineró que fue mi padre, y mi madre este campo en el que cada día muestro y revelo a mi hermana y amiga de infancia hallazgos que consiguen sorprender su memoria:

«No es posible –me dice–; parece que el campo en el que vivíamos está a cien pies bajo tierra y que, cuando nosotros creemos verte, tú descendes hasta él».

La noche cayó, el silencio en el que yazgo solo; ligero, como si me volviese el pensamiento de lo que en mí ha callado durante todo el día y ahora

se vuelve silencio que me juzga. He de abrir mis cuadernos, tomar un portaplumas y arrancarlo con lástima de su estuche de cuero. Podríamos no escribir. Esta mosca que me ha aturcido durante más de una hora pregona versos, e incluso los vende. Podríamos no imitarla. El lenguaje no necesita de mi colaboración para cobrar toda su dignidad en las buenas intenciones que observo en aquél que se dedica a enmarcar cuadros y que se toma por instrumento de viento...

¿Por qué escribes? Los hombres hablarían aunque tú no escribieses. No tienes excusa; salvo, ¿quizás el propósito de escribir casi tan bien como ellos hablan, y con esos sesgos imponer el modelo del hablar cotidiano a su escritura torpemente pretenciosa? Vamos, no reprimas tu humor; no le va a tu estilo escribir para nadie. ¿Contra quién escribes?

¡Ah!, no lo pongas en duda: contra esos malditos literatos que hacen uso del lenguaje del corazón para arropar a antepasados disecados. Escribes para acabar con la epidemia hedionda que propaga el ansia de ser autor. En verdad, ¿has reparado en el vicio oculto bajo la necesidad de ser autor? Y, ¿esta vergüenza –la del mal literario– que salta a la vista cuando una llamada divina no la justifica? El lenguaje está hecho para acercar a los hombres, para que la necesidad de estar más estrechamente unidos les haga vivir en el interior de los otros sus esperanzas y sus penas.

¿Por qué abyección concedemos indulgencia a aquellos que hablan en vano, y venden la pretenciosa imagen de lo que nunca han sentido? Sólo puedes escribir si te sientes lo bastante fuerte como para robarles sus lectores. Incluso reducido a la nada, puedes lograrlo, sin otra aventura más que ésa que debes enfrentar solo y en plena oposición al testimonio de todos los sentidos. Si al menos estuvieses suficientemente comprometido con tu costumbre de confiar en tu buen corazón, no volverías a contar con insolencia hechos venideros. Tu pretensión de imponer tu experiencia interior es tan absurda que no se acrecentaría superando el presente, y con tanta facilidad renuncias a comprender que deberías franquear todas las existencias sin cesar de creer en ti contra tu propia vida, y perseguir esta ilusión.

... En mis evocaciones de Marceilles, o del pueblo donde crecí, la presencia del recuerdo se me antoja como una concesión armonizada cada vez con más dulzura. Veo la casita de La Palme, al borde del oleaje, la vía férrea a sus pies; la alzo en el viento justo cuando levanto mis ojos hacia ella. Sé de qué manera el esfuerzo físico de mi ojo, agitando mis noches orgánicas, la despliega y erige. Me resulta cada vez más claro que nada de esta operación es, ni con todo, tan ficticio ni preestablecido como la resolución de atribuirla a mi memoria. Y si es por haber morado en estos lugares, que he sido en ellos la vida misma, ¡ah!, la magia contenida en este hecho no

se acaba ahí; sólo mi pensamiento, que sin asirla se desvanece. Lo sé. Esta convicción no necesita corroborarse: sólo espera de mi buena voluntad la ocasión de esparcirse como un manantial.

Si es de recuerdos de lo que hay que hablar, abrigo en medio de los míos una experiencia socarrona y profunda en la que me sumerjo con deleite, pero que no invade mi conciencia sin engullir, también, todo lo presente, incluido mi cuerpo, en un lejano pasado. Hasta esta tarde, ninguna evidencia ha adquirido la densidad y la coherencia inmutables de esta aventura anclada entre los acontecimientos de mi infancia pero, fresca y viva como una estrella, brota súbitamente de su reflejo sobre un mar dormido.

Es de noche en la habitación donde un médico inclina su semblante un tanto amarillento sobre mí, y anochece un poco más sobre mi almohada, en la que reina la sombra bienhechora de unas cortinas. Sólo se escucha el zumbido de la calefacción y el sonido agudo y vivo del reloj que mi tío guarda en la mano. Es él quien cuida de mí en ausencia de mi padre pues, médico también, tiene otros enfermos a los que atender. Veo su cara iluminarse de atenciones porque me he apartado de la humedad de mi lecho para hablarle en voz baja, para suplicarle con lágrimas que enjuago al agachar la cabeza. No me escuché, pero vi cómo él me escuchaba y sonreía o hacía muecas mientras me respondía simulando el balbucir de los chiquillos de mi edad. Se diría que mis palabras me proporcionaron el modo de llamarme niño, y que él deseaba evidenciarlo imitando el habla propia de mi edad. «¿Po- qué, mi niño g-ande, ha-b-as como una mu-er ne-viosa?». Al abrir los ojos le dije «déjame morir... no quiero que me cures». Y mis pupilas se dilataron como si no quisieran ver nada más que a él, no ser más que mis ojos, inspirarle con mis palabras todo lo que ahora me fuerza a la súplica «no me dejes vivir».

Las altas, estrechas ventanas de este cuarto que hace esquina, y en el que permanezco acostado, se abren a la noche suavizada por la proximidad de los árboles. Ningún ruido hasta aquí llega, pero el aire tibio trae un olor a madera y pintura, y me abrumo y exalto con este olor como si se desprendiera de un juguete gigante del que me hubiese caído: «Tío, no se lo digas a Papá; no hace falta que yo viva».

Iba a clase, antes de quedarme postrado en esta cama. Un hombre de tiernos gestos llevaba mi pizarra bajo el brazo. Entre sus largas patillas blancas su mentón temblaba. Entonces, me cogía de la mano. Había perdido a un hijo de mi edad, pocos años antes de casar a su hija con mi padre. Le había puesto el nombre del difunto a un segundo hijo que murió del mismo mal, y ahora me cogía de la mano; yo era el niño que había perdido y por eso nunca me hablaba. Lo sabía, pero sabía también que una razón muy distinta me hacía desear la muerte.

Pocos días antes de caer enfermo, en un salón tan oscuro que podía notarse el olor de los muebles antes de llegar a verlos, había visto la luz en sus ojos, y como había sacado su pañuelo, comprendí que lloraba. Toqué un violín de juguete que me habían regalado, mientras todos me miraban a la vez, con seriedad, como para dejarme a la espera de un reproche que nadie se atrevía a pronunciar. Después, las campanas de la iglesia vecina hicieron temblar los macillos del piano. Mi abuelo había dicho con un aire de enfado que nunca podría vivir tan cerca de la catedral. Una mujer había respondido: la sombra del campanario que entra aquí por el día nos impide vernos. Se oyó una carcajada. A ésta que acababa de hablar se la tenía por loca: la cuidábamos para ahorrarle los malos tratos del asilo.

«El campanario está tan cerca –dijo ella, antes de reír nuevamente– que la calle debe bordearlo para llegar a nuestra puerta. Y además, ¡qué viento! Necesitamos una calle, porque nosotros vivimos aquí. ¡Pues mira que si morimos...!»

Mi abuelo me había cogido de la mano, y como nos encontrábamos en el torbellino que envolvía la iglesia, sorprendiéndome como si fuese a hablar por vez primera, me dice: «Un violín no está hecho para divertirse: tienes que aprender a cambiar de tono tal y como te ha enseñado el profesor. –Todavía no sé, le dije. –Pues bien, aprende la escala, y será la escala la que tocará por ti; no es necesario emplear un arco, tú te diviertes, tocas cualquier cosa y así recuerdas a la gente cosas que les traen desgracias». Después, tuve dolor de cabeza y, con la frente helada, me apoyaba en la chimenea para encontrar un poco de calor y de alivio.

Lo creo; así pues, es cierto: nadie puede contradecirme en este mundo del que he sido apartado. Si alguien pone mis relaciones en duda, debe primero convenir en que no sabe de qué estoy hablando.

Le prevengo de antemano que su inteligencia está demasiado dotada como para introducirse en mi humilde y naciente universo. Piensa según su sistema de diez mil vueltas y en un hormigueo de cálculos demasiado intenso como para permitirle reanudar el contacto con uno solo de sus sentimientos. Si aún cree tener razón es por un retraso en la rapidez de asociaciones que el lenguaje le ha consentido. El hombre se cree libre, porque sólo una parte de él ha entrevisto el futuro que promete a quienes son como él.

Cuando imaginamos una abeja achacosa o retrasada que desconfía completamente de sí misma, en medio de este pueblo adelantado que se ha vuelto su propio lenguaje, aquélla parece titubear porque se distingue un poco de lo que desea, y necesita de sus miradas para recordarlo. Así es el hom-